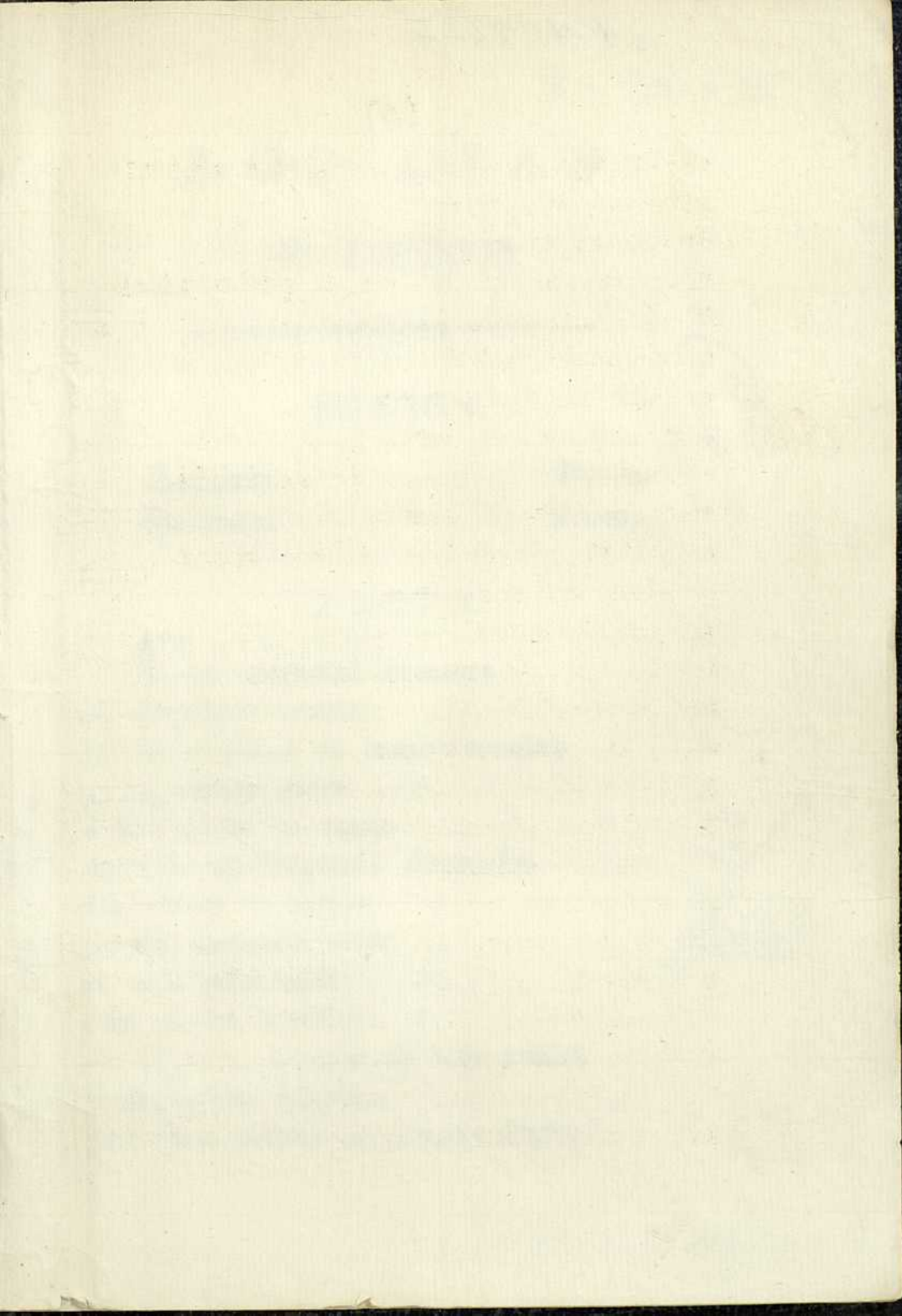


12

BIBLIOTECA HOSPITAL
GRANADA

Signo:	C
Estado:	001
Material:	047



BIBLIOTECA HOSPITAL REAL
GRANADA

Sala:

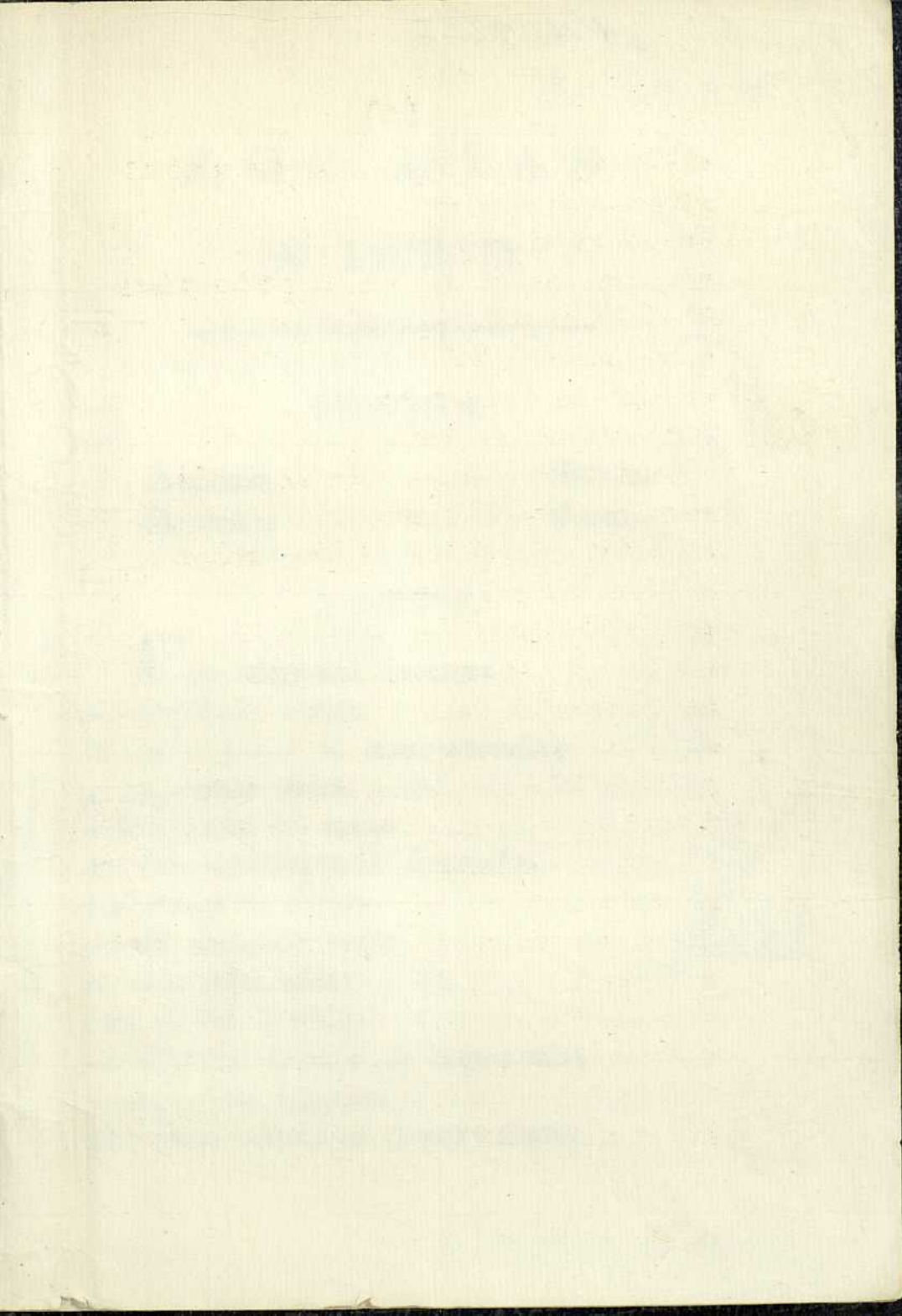
C

Estantería:

001

Número:

047 (12)



L 16459222

LOS DIAS

DE LUCINDO.

ÉGLOGA.

ARCADIO.

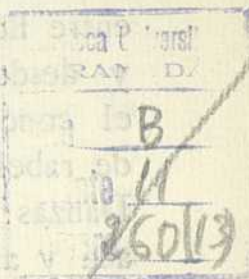
SILVIA.

DALMIRO.

POETA.

POETA.

Con magestad hermosa
 el estrellado manto
 la noche hácia el ocaso recogia;
 y la bicorné diosa
 á los mares en tanto
 con luz amortiguada descendia.
 La esfera se cubria
 de un nacarado velo:
 el alba deleitable
 con sonrisa inefable
 de aljófares llenaba el bajo suelo;
 y el Veleta fulgente
 por verla alzaba su nevada frente.



El fresco y manso río
 su curso desataba
 por la vega tendida y anchurosa:
 en el valle sombrío
 el arroyo salvaba
 la grata márgen de amaranto y rosa;
 y en la arboleda hojosa
 los pintados gilgueros
 cantaban dulcemente,
 mientras alegremente
 el ganado triscaba en los oteros;
 y en el humilde chozo
 era todo placer, todo alborozo.

El céfiro libiano
 sus besos repartía
 entre flores, y fuentes, y pastoras;
 y desde el verde llano
 el concierto se oía
 de rabeles y flautas mil sonoras.
 Danzas encantadoras
 acá y allá ensayaban
 los apuestos zagales;
 y á sus mansos leales
 á competencia luego engalanaban
 con cintage vistoso
 y con esquilas de metal precioso.

(3)

Un joven pastorecillo
que extraño pareciera
del Singilo en la margen peregrina,
con ademan sencillez
el bato condugera
á una fuente apacible y cristalina.
Cuando ya se avecina,
contempla embelesado
la límpida corriente;
y con gozo inocente,
al son acorde del laud templado,
la voz así soltara
al viento que á escucharle se parara.

ARCADIO.

¡Cual saltan á porfía
las risas y el contento
en estos prados de eternal verdura!
¡Y cual el alma mía
que se dilata siento
como la rosa al aura dulce y pura!
La niebla horrible, oscura,
que empañó el horizonte
y que en cuita pusiera
á toda esta ribera,

traspuso ya por el lejano monte;
y el cielo despejado
ora se viste de fulgor sagrado.

El eco suena herido
de cánticos de amores,
y mil rabeles y zampoñas suenan.
Allá en el ancho ejido
los gallardos pastores
alegres juegos con destreza ordenan;
y los valles resuenan
al vocëar festivo
del simple zagalejo
que con gracia y despejo
corta las flores del color mas vivo
para adornar con ellas
la blonda sien de las zagalas bellas.

¡Cuanto saber deseo
el origen dichoso
de tan comun, tan plácida alegría!
Pero descender veo
por el bosque frondoso
al fiel Dalmiro á esta pradera umbría.
La ardiente inquietud mia
él calmará en llegando.

((5))

DALMIRO.

O pastorcillo amable!
Con gusto inexplicable
escuché tu cantar sabroso y blando.
Solo tu voz faltara
hoy á esta márgen deliciosa y cara.

ARCADIO.

Nacido en otra orilla,
los dones he envidiado
con que á esta la enriquece el almo cielo.
Que el verdor que aquí brilla,
y el hilo recamado
que la luz forma, excitan mi desvelo.
Mas dime, así tu anhelo
veas correspondido
de la pastora altiva
que tu terneza esquiva,
¿quien causa este placer jamas sentido,
esta celestial calma
que absorba tiene y en deliquio el alma?

DALMIRO.

Dulce es el acordarme,
o Arcadio muy querido,

de la ingrata beldad que me enamora:

y siento trasportarme
de gozo, si mi oído
finge la voz de la que el pecho adora.

Y es dulce á la pastora
el regalado sueño
en que tal vez creyera
que halagada se viera
en los amantes brazos de su dueño.

Pero es de mas estima
el sagrado placer que al orbe anima.

Hay en esta ribera,
por dicha de ella y mía,
un mayoral de todos admirado.

Su corazón de cera,
su alma sensible y pia
al labio rudo bosquejar no es dado.

¿Ves como el mustio prado
recobra sus colores
al soplo delicioso

del céfiro halagoso,
y como brillan árboles y flores?

Pues así vivifica
Lucindo esta comarca amable y rica.

En torno de su choza
la divinal natura

mas galana se ostenta y mas fulgente.
 El cordero retoza:
 el sol su lumbre pura
 atónito contempla en una fuente
 que en su limpia corriente
 retrata mil frutales,
 y cuando ya ha besado
 aquel hogar amado,
 por el campo desata sus raudales,
 mostrándose orgullosa
 de tener una suerte tan dichosa.

Feliz Lucindo fuera;

mas el hado inclemente
 ciñó sus sienes de letal beleño.
 La amarillez cubriera
 el lampo de su frente.
 Triste el ganado andaba ya sin dueño;
 y cuando brinda el sueño
 con encantos suaves,
 todo pastor gemia,
 y al ánimo affigia
 el funesto agorár de horribles aves
 y el áspero silbido
 del viento allá en la selva embravecido.

De cicuta ominosa
 súbito se inundaron

estas bellas y fértiles praderas
 En la cañada umbrosa
 mil veces resonaron
 los espantosos ecos de las fieras.
 Con voces lastimeras
 el monte se dolía
 y á Lucindo nombraba,
 que débil, laso estaba
 cual luce el sol al declinar el día;
 y aun el breve arroyuelo
 publicaba su pena y desconsuelo.

Vieras á los zagales
 acorrer luego al ara
 de la deidad que el bosque reverencia.
 Dos tiernos recentales
 Anfriso presentara,
 y un palomo Damon con inocencia.
 Otro que en su indigencia
 nada que ofrecer tiene,
 ante el númen piadoso
 con labio candoroso
 promete un pecho de virtud perene;
 y en fin el cielo santo
 oyó nuestra plegaria y nuestro llanto.
 Alegre primavera
 voló con rauda vuelo

de Lucindo a la tétrica manida;
y cuando al zagal viera,
con solícito anhelo
ósculo dióle de salud y vida.
Y al punto convertida
fué en placer la tristura,
y retoñó el tomillo,
y tornó el gilguerillo
al dulce modular en la espesura,
y las graciosas flores
recobraron su gala y sus colores.

Y la mas bella aurora
anunció el fausto día
al nombre de Lucindo consagrado...
Ay! déjame que ahora
explique mi alegría
en llanto de mis ojos desatado.
Jamás al mustio prado
fué tan grato el rocío
como para mí fuera
esta efusion sincera.
¿Vistes, Arcadio, cual el blondo estío
la mies y el fruto cuaja?
Así Lucindo todo lo aventaja.

Esposo y padre tierno,
valedor noble amigo,

no hay virtud que en su pecho no cultive; es
y cuando el crudo invierno es la oba y
trae el penar consigo, todas cosas no
por los infortunados se desvive.
La cabaña dó vive
jamás se vió cerrada
durante aquella hora
en que su fiel pastora
le sirve la comida sazónada;
y á todos con exceso
brinda sus ricas frutas, leche y queso.

Pero ¿no es Silvia bella,
Silvia, con quien Lucindo
más señaló su paternal ternura,
la que hácia allí descuella,
suelto el cabello lindo,
y el rabel tañe con sin par dulzura?
Ay! vamos con presura
á dó escuchar logremos
su cantar melodioso.
Junto á aquel sauce umbrroso
sin ser vistos tal dicha gozaremos.
Mas ya enmudece el río:
oye la voz de Silvia, Arcadio mío.

SILVIA.

¡Cual la hermosa mañana
 por los opuestos valles,
 alegre como nunca
 hoy para mí se abre!
 ¡Cual en azules nubes
 su seno envuelto trae,
 y como la coronan
 mil rosados celages!
 El universo nada
 en gozos celestiales,
 y absorto en tanta dicha,
 publicarla no sabe.
 El vivaz cefirillo
 sus frescas alas bate,
 y entre la flor se queja
 con suspiros süaves.
 El colorin pintado
 de la mimbrera al sauce
 revuela alegremente
 haciendo de sí alarde.
 La rosa se despliega,
 la rosa que en su cáliz
 ostenta de Cíeres

la enrojecida sangre.
 Los pececillos de oro
 en el sereno estanque
 sus nacaradas colas
 las bullen y rebaten.
 Mi pecho rebozando
 contento inexplicable,
 embriagado enmudece
 y con ternura late.
 Todo por ti, Lucindo,
 se regocija y nace.
 Lucindo, dicha mia,
 ¿quien no tiene tu imagen
 esculpida en el pecho
 con cifras eternas?
 ¿Quien al mirar tus ojos,
 tu apacible semblante,
 no siente allá en el alma
 el gozo palpitarle?
 Miradle como asoma
 á escuchar mis cantares
 por aquella arboleda
 que fresca sombra hace.
 Mirad al aura leve
 como vuela á empaparse
 en el divino aliento

que de sus labios parte.
 Observad de sus ojos
 las miradas vivaces
 cual salen y las cubre
 el respeto mas grave.
 Mirad como se acerca...
 Mas yo corro á abrazarle
 y á ofrecerle anhelosa
 mis afectos filiales.

POETA.

Y cual tierna avecilla
 del milano acosada
 tras su madre se lanza al caro nido,
 así la pastorcilla
 se arrojó desalada
 en el seno del padre mas querido;
 el cual enternecido
 halagos mil le hiciera
 en premio á su ternura,
 y con igual dulzura
 á Dalmiro y á Arcadio recibiera.
 Y en tanto la onda fria
 VIVA, VIVA LUCINDO repetia.

J. F. G.

que de sus labios
Observa de sus ojos
las miradas vivaces
cual están y las cosas
el respeto mas grave
Mira como se mueven
Mas yo como a un niño
y a menudo meloso
mis afectos flotas

POETA

Y cual tierra avellana
Del milano escote
tres su madre se lanza al caro nido
asi la pastorcilla
se arropo desalada
en el seno del padre mas querido
el cual enternecido
halagos mil le ofrece
en premio a su ternura
y con igual dulzura
a Dalma y a Arcadio recibiera
Y en tanto la otra
VIVA, VIVA LUCIANO reponia

